

Igual cosa sucedió con el ejército de Nueva España, que vino á pelear despues. Mas presto se trocaron los papeles, porque habiendo recibido los moros un gran refuerzo, hicieron una salida, y vencieron, uno en pos de otro, á los dos ejércitos. Sus capitanes, el conde de Benavente y el virey Mendoza, participaron al Emperador lo sucedido, por medio de cartas que el cronista copia textualmente, así como las respuestas del soberano. Este acudió en persona al socorro de los suyos, acompañado de los reyes de Francia y de Hungría, «con sus coronas en las cabezas,» y fué á aposentarse á Santa Fe. Sin desalentarse por el pasado revés, acometieron todos á los moros, quienes no solamente se defendieron bien, sino que verificaron otra salida, y rechazaron de nuevo á los españoles. En tal aprieto, escribió el Emperador al Papa la noticia de lo ocurrido, concluyendo con pedirle que rogara á Dios por el buen suceso de sus armas, «pues estaba determinado de tomar á Jerusalem y á todos los otros Santos Lugares, ó morir en la demanda.» El Papa, consultado el caso con los cardenales, contestó al Emperador, diciéndole que ya mandaba hacer plegarias en todas partes, y concedía un gran jubileo á toda la cristiandad.

Viéndose por dos veces rechazados, acudieron tambien los españoles á la oracion, y fueron á arrodillarse ante el Santísimo Sacramento, con el Papa y cardenales. Aparecióseles entonces un ángel para decirles, que Dios habia oido sus oraciones: que no desmayasen, porque al fin conseguirian victoria; y que «para más seguridad» les enviaria el Señor á su patrono Santiago. Luego á la hora entró el apóstol en un caballo «blanco como la nieve,» y los españoles le siguieron contra los moros, que aun estaban fuera de Jerusalem: estos se retrajeron á la ciudad, y los españoles se volvieron á su real. Acometieron entonces á su vez los de la Nueva España; pero los moros salieron contra ellos, y los obligaron tambien á retirarse.

Como la ayuda del apóstol Santiago no habia sido de provecho, fué preciso ocurrir de nuevo á la oracion. De nuevo apareció el ángel, á participarles que Dios habia permitido fuesen humillados, á fin de probarlos y hacerles ver que sin su ayuda nada valian; pero que ya vendria al socorro el abogado y patrono de la Nueva España, San Hipólito. A la promesa siguió el cumplimiento, porque llegó el santo mártir en un caballo morcillo; juntóse con Santiago, y á la cabeza ambos de toda la gente, española é india, emprendieron un furioso ataque á la ciudad. «Todos juntos, dice el autor que seguimos, comenzaron la batería, de manera que los que en ella estaban, aun en las torres, no se podian valer, de las pelotas y va-

ras que les tiraban. Por las espaldas de Jerusalem, entre dos torres, estaba hecha una casa de paja, harto larga, á la cual, al tiempo de la batería, pusieron fuego, y por todas las otras partes andaba la batería muy recia, y los moros, al parecer, con determinacion de ántes morir, que entregarse á ningun partido. De dentro y de fuera andaba el combate muy recio, tirándose unas pelotas grandes, hechas de espadañas, y alcancías de barro secas al sol, llenas de almagre mojado, que al que acertaban parecia que quedaba mal herido y lleno de sangre, y lo mismo hacian con unas tunas coloradas. Los flecheros tenian en las cabezas de las viras unas bolsillas llenas de almagre, que doquiera que daban parecia que sacaban sangre: tirábanse tambien cañas gruesas de maíz. Estando en el mayor hervor de la batería, apareció en el homenaje⁽¹⁾ el arcángel San Miguel, de cuya voz y vision, así los moros como los cristianos, espantados, dejaron el combate é hicieron silencio. Entonces el arcángel dijo á los moros: «Si Dios mirase á vuestras maldades y pecados, y no á su gran misericordia, ya os habria puesto en el profundo del infierno, y la tierra se hubiera abierto y tragadoos vivos; pero porque habeis tenido reverencia á los Lugares Santos, quiere usar con vosotros su misericordia y esperaros á penitencia, si de todo corazon á él os convertís; por tanto, conoced al Señor de la Majestad, Creador de todas las cosas, y creed en su preciosísimo Hijo Jesucristo, y aplacadle con lágrimas y verdadera penitencia;» y esto dicho desapareció.»

Las palabras del arcángel produjeron el efecto negado á las armas, porque los moros reconocieron su error, é hicieron señal de paz. Envió el Soldan un parlamentario con carta para el Emperador en que se reconocia vasallo suyo; y recibida, se acercó el Emperador á la ciudad, cuyas puertas encontró ya abiertas: á ellas salió el Soldan á recibirle y prestarle vasallaje. Tomóle el Emperador de la mano, le llevó adonde estaban el Papa y cardenales, delante del Sacramento, y allí dieron todos gracias á Dios por tanta merced. Lo más singular de este simulacro fué su remate. Traia consigo el Soldan muchos al parecer moros, pero que no eran sino indios adultos, prevenidos al intento, los cuales pidieron el bautismo al Papa, y fueron luego allí mismo real y verdaderamente bautizados. Solo las circunstancias especiales de la época y del país hacian posible ese fin de fiesta, que dudo se haya visto en otra parte.

Puesto feliz término al simulacro con la victoria fingida y la repuesta. ⁽¹⁾ Esto es, «en la torre del homenaje;» la que estaba en el centro de la fortaleza.

generacion verdadera de aquellos infieles en las aguas del bautismo, continuó su marcha la procesion, cuya carrera estaba adornada de arcos y flores, casi lo mismo que el año anterior, siendo lo más notable seis capillas con sus retablos, y tres montañas muy al natural, en las cuales se representaron «tres autos muy buenos.»

Corresponde de derecho al misionero cronista hacer la relacion de ellos, y volvemos á dejarle la palabra.

«En la primera (montaña) que estaba luego abajo del patio alto, en otro patio bajo á do se hace una gran plaza, aquí se representó la tentacion del Señor, y fué cosa en que hubo mucho que notar, en especial verla representar á indios. Fué de ver la consulta que los demonios tuvieron para ver de tentar á Cristo, y quién sería el tentador. Ya que se determinó que fuese Lucifer, iba muy contrahecho ermitaño, sino que dos cosas no pudo encubrir, que fueron los cuernos y las uñas; que de cada dedo, así de las manos como de los piés, le salian unas uñas de hueso tan largas como medio palmo: y hecha la primera y segunda tentacion, la tercera fué en un peñon muy alto, desde el cual el demonio, con mucha soberbia, contaba á Cristo todas las particularidades y riquezas que habia en la provincia de la Nueva España, y de aquí saltó á Castilla, adonde dijo, que además de muchas naos y gruesas armadas que traia por la mar, con muchas riquezas, y muy gruesos mercaderes de paños y sedas y brocados, habia otras muchas particularidades que tenia; y entre otras dijo que tenia muchos vinos, y muy buenos, á lo cual todos picaron, así indios, como españoles, porque los indios todos se mueren por nuestro vino. Y despues que dijo de Jerusalem, Roma, África, y Europa y Asia, y que todo se lo daría, respondiendo el Señor, *Vade, Satana*, cayó el demonio; y aunque quedó encubierto en el peñon, que era hueco, los otros demonios hicieron tal ruido, que parecia que toda la montaña iba con Lucifer á parar al infierno. Vinieron luego los ángeles con comida para el Señor, que parecia que venian del cielo, y hecho su acatamiento, pusieron la mesa y comenzaron á cantar.

«Pasando la procesion á la otra plaza, en otra montaña se representó cómo S. Francisco predicaba á las aves, diciéndoles por cuántas razones eran obligadas á alabar y bendecir á Dios, por las proveer de mantenimientos, sin trabajo de coger ni sembrar, como los hombres, que con mucho trabajo tienen su mantenimiento; asimismo por el vestir de que Dios les adorna, con hermosas y diversas plumas, sin ellas las hilar ni tejer, y por el lugar que les dió, que es el aire, por donde se pasean y vuelan. Las aves, llegándose al

santo, parecian que le pedian su bendicion, y él se la dando, les encargó que á las mañanas y á las tardes loasen y cantasen á Dios. Ya se iban; y como el santo se abajase de la montaña, salió de traves una bestia fiera del monte, tan fea, que á los que la vieron así de sobresalto les puso un poco de temor; y como el santo la vió, hizo sobre ella la señal de la cruz, y luego se vino para ella, y reconociendo que era una bestia que destruia los ganados de aquella tierra, la reprendió benignamente, y la trajo consigo al pueblo á do estaban los señores principales en su tablado, y allí la bestia hizo señal que obedecia, y dió la mano de nunca más hacer daño en aquella tierra; y con esto se fué la fiera á la montaña.

«Quedándose allí el santo, comenzó su sermon diciendo, que mirasen cómo aquel bravo animal obedecia la palabra de Dios, y que ellos que tenian razon y muy grande obligacion de guardar los mandamientos de Dios. . . . y estando diciendo esto, salió uno fingiendo que venia beodo, cantando muy al propio que los indios cantaban cuando se embeodaban, y como no quisiese dejar de cantar y estorbaba el sermon, amonestándole que callase, si no, que se iria al infierno, y él perseverase en su cantar, llamó S. Francisco á los demonios de un fiero y espantoso infierno, que cerca á ojo estaba, y vinieron muy feos, y con mucho estruendo asieron del beodo, y daban con él en el infierno. Tornaba luego el santo á proceder en el sermon, y salian unas hechiceras muy bien contrahechas. . . . y como tambien estorbaban la predicacion, y no cesasen, venian tambien los demonios, y poníanlas en el infierno. De esta manera fueron representados y reprendidos algunos vicios en este auto. El infierno tenia una puerta falsa, por donde salieron los que estaban dentro; y salidos los que estaban dentro, pusieronle fuego, el cual ardió tan espantosamente, que pareció que nadie se habia escapado, sino que demonios y condenados todos ardan, y daban voces y gritos las ánimas y los demonios, lo cual ponía mucha grima y espanto, aun á los que sabian que nadie se quemaba. Pasando adelante el Santísimo Sacramento, habia otro auto, y era del sacrificio de Abraham, el cual por ser corto, y ser ya tarde, no se dice más de que fué muy bien representado. Y con esto volvió la procesion á la iglesia.»

Es muy probable que todas estas fiestas de Tlaxcala fueron dispuestas por el P. Fr. Toribio de Motolinia, guardian de aquel convento; y señaladamente parece haber sido suya la del simulacro de la conquista de Jerusalem. Hácelo creer así la circunstancia de figurar en él, como capitán general de los españoles, el conde de Bena-

vente, señor del pueblo natal del padre, y á quien este dedicó su *Historia de los Indios de Nueva España*. Si los demas escritores hubieran puesto igual cuidado en transmitirnos la relacion circunstanciada de las fiestas de otras partes, tendríamos hoy gran copia de datos para escribir la historia de las representaciones sacras en México. Mas no fué así, pues por lo comun se contentaron con la mencion general de ellas. Algo se encuentra, sin embargo; y esto poco se aumentaría, sin duda, con un detenido exámen de nuestras inestimables crónicas monásticas.

No en los pueblos solamente, sino tambien en la capital México, hacian los indios sus representaciones de asuntos sagrados. Fué muy célebre la del Auto del Juicio final, compuesto en lengua mexicana por el gran misionero Fr. Andrés de Olmos, y representado en la capilla de S. José de Naturales⁽¹⁾, á presencia del virey D. Antonio de Mendoza, del obispo D. Fr. Juan de Zumárraga, y de un gran concurso de gente, así de la ciudad como de la comarca. Causó grande edificacion á todos, indios y españoles, «para darse á la virtud y dejar el mal vivir, y á muchas mujeres erradas, para movidas de temor y compungidas, convertirse á Dios.» La mayor parte de los españoles quedarian ayunos, por no entender la lengua, y de seguro así sucedió al virey y al obispo. No se asigna fecha á esta fiesta; mas como Mendoza llegó en 1535 y el Sr. Zumárraga murió en 1548, hubo de verificarse forzosamente en uno de los años intermedios.

En la *Historia* de Dávila Padilla⁽²⁾ encuentro mencionadas las fiestas hechas por los dominicos en Etna, pueblo de Oajaca, el año de 1575, que terminaron, por cierto, trágicamente. Era entonces guardian de aquel convento el P. Fr. Alonso de la Anunciacion, y dispuso para el día del Corpus una representacion de la Sagrada Escritura «que sirviese para declaracion del misterio,» por ser «cosa muy acomodada al natural de los indios, representarles con estas cosas exteriores las que profesan en la fe.» Fuera del patio de la iglesia, á la parte de oriente, hicieron de prisa un corredor ó soportal, para que sirviese de abrigo al Santísimo Sacramento, durante la representacion del auto. Salió la procesion con la pompa acostumbrada, llevando la Custodia Fr. Alonso, y cuando llegó al cor-

1 MENDIETA, *Historia Eclesiástica Indiana*, lib. V, pte. I, cap. 34. — BETANCURT, *Menologio*, 8 de Agosto, y cap. de los Varones ilustres. — CLAVIJERO, *Storia Antica del Messico*, lib. VII. Este últi-

mo dice que el auto fué representado en la iglesia de Tlatelolco.

2 Lib. II, cap. 48. Tambien BURGOS, *Geográfica descripcion*, cap. 40.

redor, se colocaron bajo su sombra las cruces, las andas y el Santísimo Sacramento. Sentáronse tambien allí Fr. Alonso, otro religioso su compañero, y todos los principales del pueblo; pero cargó tanta gente sobre el techo, que se vino al suelo en medio de la representacion, cogiendo debajo á cuantos habia cobijado su maléfica sombra. Ciento veinte fueron los muertos, muchos más los heridos, y entre ellos el P. Fr. Alonso, á quien sacaron de entre los escombros con las piernas quebradas por varias partes, y rotos ó desencajados casi todos los demas huesos. El otro religioso, que estaba ménos lastimado, por haberse colocado algo afuera, acudió á sacar el Sacramento, á pesar de que aun caian vigas y piedras. Tuvo la dicha de encontrar intacta la Custodia, y aunque cayó con ella al salir, logró ponerla en salvo. Fr. Alonso sobrevivió solamente dos horas á aquel funesto acontecimiento, que llenó de luto y consternacion al pueblo.

Terminaba ya el siglo décimosexto, cuando el franciscano Fr. Francisco de Gamboa instituyó en México una cofradía de Ntra. Sra. de la Soledad, cuyo asiento era en la capilla de S. José, y ordenó á los naturales la estacion de los viérnes, de que formaba parte un sermón, y durante él se representaba algun paso de la Pasion de Nuestro Señor. Serian indudablemente representaciones mudas, pues de otra suerte eran incompatibles con el sermón. Por aquel mismo tiempo introdujo el historiador Fr. Juan de Torquemada unos autos, á que dieron el nombre de *neixcuitilli*, que en lengua mexicana significa «dechado» ó «ejemplo.» Hacíanse los domingos por la tarde, despues del sermón, y se acostumbraban todavía un siglo despues.⁽¹⁾ El mismo historiador compuso, en lengua de los indios, muchas de las piezas que se ejecutaron, y algunas escribió su maestro, el gran *nahuatlista* y fecundo escritor Fr. Juan Bautista. De todas, y de otras de propia cosecha, se aprovecharon los demas religiosos en los diversos lugares donde introdujeron la propia costumbre; pero no ha llegado á nosotros el texto de ninguna.⁽²⁾

Las representaciones de pasos de la Pasion continuaron por largo tiempo, aun despues de haber cesado las de autos sacramentales, y llegaron hasta nuestros días, suprimida la parte hablada, como en las del P. Gamboa, y conservando solo la figurativa, acompañada de sermones. Conforme lo pedia el contexto de estos, se iban

1 1690. — Enero 17. «Hubo en dicho hospital de Jesus Nazareno *nescuitille* en mexicano, del padre Zappa.» *Diario de ROBLES*, tom. II, pág. 30.

2 TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, lib. XX, cap. 79. — BETANCURT, *Menologio*, 22 de Julio.

ejecutando las acciones. Todos recordamos haber visto, no há muchos años, el *prendimiento*, las *tres caídas*, el *descendimiento*, y otras escenas de la Pasion figuradas al vivo, aun dentro de la capital y en los pueblos comarcanos: último recuerdo de aquellas alegres y devotas solemnidades establecidas por los antiguos misioneros. El refinamiento de nuestros días condenaba esas fiestas, considerándolas como farsas grotescas, indignas de una sociedad culta, y muy ajenas del respeto debido á la Divinidad. Juzgábase con espíritu muy diverso del que animaba á los que tomaban parte en ellas. Lo que para los escrupulosos, ó tal vez incrédulos, no pasaba de un espectáculo ridículo, era para el sencillo pueblo un recuerdo vivo del incomprendible sacrificio del Hombre-Dios, y un acto de verdadero culto á que contribuían con afectuosa devoción. Mas como no solían participar de ella todos los espectadores, especialmente en las ciudades, habria convenido que la autoridad competente suprimiera tales espectáculos; y tambien porque algunos excesos, inevitables, por lo demas, en toda reunion numerosa, daban gran pábulo á la censura, que en otra materia se habria mostrado ménos severa. Al fin, no un afectado escrúpulo, como sucedió con los autos sacramentales, ni el deseo de evitar desórdenes, que en otras cosas se toleran, sino una persecucion descarada á la Iglesia, vino á cortar la discusion, y puso término á las representaciones religiosas, dejando en cambio entera libertad á las profanas para llegar á la más asquerosa inmoralidad.

Pero hagamos á un lado reminiscencias enfadosas, para tomar de nuevo el hilo de la narracion, y referir cómo celebraban aquí los españoles la fiesta del Corpus Christi. No puede haber duda de que quedaria establecida luego que se fundó la nueva ciudad; pero la primera mencion que encuentro de ella está en el acta del cabildo de 9 de Enero de 1526. Ese día se presentaron los sastres pidiendo un solar para edificar á su costa una ermita y un hospital, en que se albergasen los pobres, y de donde «saliesen sus oficios el día de Corpus Christi,» lo cual da á entender que ya desde antes se acostumbraba hacer la procesion. Para salir en ella estaban reunidos los concejales en la iglesia mayor el 31 de Mayo del mismo año, cuando recibieron la carta de Cortés en que les avisaba su regreso de la expedicion de las Hibueras.

Tres años despues, á 24 de Mayo de 1529, se arregló el orden en que habian de ir *los oficios*, esto es, los oficiales de las diversas artes mecánicas, capitaneados por sus *alcaldes*, y llevando las imágenes de sus santos patronos. Motivo del acuerdo fué que habia habido

diferencia, ó sea disputas, entre los oficios, acerca del lugar que habian de ocupar en la procesion, y se mandó expresamente que «los armeros fueran junto al arca del Santísimo Sacramento.» En 1533 se repitió el acuerdo más circunstanciadamente, como se ve en el acta de 10 de Junio, que dice así: «Este día dijeron, que por cuanto es necesario haya orden en cómo han de ir los oficios é oficiales que los sacan, en la fiesta de Corpus Christi, porque de no la haber ha habido diferencia entre los dichos oficiales los años pasados, mandaron que la orden que en lo susodicho se ha de tener sea, que despues de *los oficios é juegos de los indios*, vayan delante los primeros en la dicha procesion los hortelanos, y tras ellos *los gigantes*, y tras los gigantes los zapateros, y tras los zapateros los herreros y caldereros, y tras estos los carpinteros, y tras los carpinteros los barberos, y tras los barberos los plateros, y tras los plateros los sastres, y tras los sastres los armeros; y mandaron que los oficiales de los dichos oficios vayan con los dichos oficios en procesion, en los lugares dichos; é que todos los oficios vengan é se pongan el dicho día, luego de mañana, en la plaza mayor, y entren en la iglesia por la puerta que está á la dicha plaza, y hecho su acatamiento al Santo Sacramento, salgan de la dicha iglesia por la puerta que está hácia el corral de los toros, y vayan en la dicha procesion por la orden dicha.» Siguen las penas contra los que faltasen á lo mandado. La preferencia dada á los armeros sobre los demas artesanos, revela el espíritu de la época; mas no la conservaron mucho tiempo, porque en 1537 (18 de Mayo) pasó á los plateros, en razon á que sacaban la imágen de S. Hipólito, patrono de la ciudad, y era justo honrarle. El acuerdo antes copiado demuestra que en la procesion habia *jigantes* (y probablemente *tarasca*),⁽¹⁾ y que salian en ella, no solo los españoles con sus *oficios*, sino tambien los indios con los suyos. Figuraba ademas en ella *el diablo cojuelo*.⁽²⁾ El camino que todos seguian, era entrar por la puerta de la antigua iglesia mayor que miraba al sur, y salir por la que daba al *Empedradillo*, donde estaba situado el *corral* de los toros.

1 Las noticias ciertas acerca de la *tarasca*, no se remontan más que al año de 1701. «Salió ayer tarde y hoy (26 de Mayo) tarasca nueva de siete cabezas, y anduvo dentro de la Catedral (dicen no haberse hecho otra vez) al tiempo de las vísperas. Los gigantones salieron con muy buenas galas nuevas.» *Diario de ROBLES*.

2 Debemos á Eslava la noticia de la pre-

sencia de este personaje en la procesion:

«¿Sabes qué parece aquesta?

A aquel diablo cojuelo

Que anda el día de la fiesta.» (Pág. 172.)

«¿Luego vos sois el diablo cojuelo tan nombrado en el mundo? — El mismo, que cada año salgo en esta fiesta por el más señalado de todas las regiones infernales.» (Pág. 214.)

Ese mismo año de 1533 hubo grandes discordias entre el ayuntamiento y la Audiencia, sobre quiénes habian de llevar las varas del palio en la procesion. Aunque la ciudad sostenia que esa prerogativa le tocaba, por ser así costumbre en las ciudades de España, se mostró llana á cederla en favor del presidente y oidores, lo cual les hizo presente por medio de un escrito. Mas la Audiencia dispuso que el palio tuviera ocho varas, y de ellas llevasen cuatro los oidores, y las otras cuatro los oficiales reales, tesorero, contador, factor y veedor: ordenó tambien que cuando sobrasen varas ó las dejasen los que tenian derecho á ellas, el cabildo proveyera. Insistió la ciudad en su acuerdo, considerándose agraviada por el del Audiencia; pero deseando evitar disputas, ocurrió al provisor para informarle de lo que pasaba, porque «ellos no entendian de ir en la dicha procesion, hasta que S. M. lo envíe proveído.» La determinacion era grave, si se atiende á la importancia que tenia entonces la municipalidad de México, y estuvo á punto de ocasionar un tumulto. No aparece en el Libro de Cabildo lo que por aquella vez se ejecutó; pero al año siguiente se repitieron las desavenencias y volvió á alterarse el pueblo. La ciudad se quejaba, en uno de sus cabildos, de que el presidente y oidores habian dado las varas del palio «á quien quisieron, contra lo que en esto los dichos presidente é oidores tienen mandado: todo en ofensa é injuria desta dicha ciudad, justicia é regidores é república de ella,» y protestaron defender por justicia sus derechos. Mal salieron al fin en el negocio, porque, como refiere Herrera,⁽¹⁾ informado el rey de esas diferencias, «de que le pesó mucho, porque demas de ser cosa en que Dios era muy deservido, no era buen ejemplo para los naturales,» mandó, en 1534, que «siempre que se hallasen presentes el presidente y el Audiencia Real, que representaban la persona del rey, el dicho presidente diese las varas á quien le pareciese, prefiriendo el presidente, prelados y señores de título, marqués y conde, y despues á los oidores, y luego los oficiales propietarios, y despues los regidores más antiguos, sin escándalo ni desasosiego alguno.» Para tan pocas varas era mucha gente esa, y rara vez podrian los capitulares alcanzar parte en aquella honrosa distincion.⁽²⁾ A muchos parecerán hoy frívolo-

1 *Historia General de los hechos de los Castellanos*, Déc. V, lib. 6, cap. 14.

2 No fueron estas las únicas desavenencias á que dió motivo la procesion del Corpus: húbolas más adelante, y señaladamente en 1651, por haber dispuesto el

virey conde de Alvalde, que fueran seis de sus pajes junto á la Custodia, alumbrando al Sacramento.—*Diario de Guijo*, apud *Documentos para la Historia de México* (1853). 1ª serie, tom. I, pág. 179,

las tales disputas, y no es extraño, cuando la devocion y el espíritu de cuerpo han dejado el puesto á la descreencia, y á la sed de provecho personal.

En los libros de Actas del Ayuntamiento de México, correspondientes á los años de 1524 á 1542, únicos que han estado á mi alcance, nada hay referente á representaciones sacramentales; pero sobran pruebas de su antigüedad entre nosotros. Ya el austero D. Fr. Juan de Zumárraga, primer obispo de México, «había vedado, por causas justas que le movieron, los bailes y danzas profanas y representaciones poco honestas, que se hacian en la procesion general de la fiesta de Corpus Christi, donde tanta atencion y reverencia se requiere. Y aun, para dejar más fundada esta reformation, juntamente con una muy provechosa doctrina cristiana que él mismo compuso, hizo imprimir un tratado de Dionisio Cartujano, del modo cómo se deben hacer las procesiones con reverencia y devocion.»⁽¹⁾ Existe, en efecto, ese tratado, y no una sola edicion de él, sino dos: en la segunda, más copiosa, é impresa probablemente en 1544 ó 1545, añadió el Sr. Zumárraga un apéndice, del cual extractamos lo que hace á nuestro propósito, no solo como dato histórico, sino tambien para muestra del vigoroso y castizo estilo de aquel venerable varon, tan calumniado como digno de respeto. Dice así: «Y cosa de gran desacato y desvergüenza parece que ante el Santísimo Sacramento vayan los hombres con máscaras y en hábitos de mujerés, danzando y saltando con meneos deshonestos y lascivos, haciendo estruendo, estorbando los cantos de la Iglesia, representando profanos triunfos, como el del Dios del Amor, tan deshonesto, y aun á las personas no honestas, tan vergonzoso de mirar; cuánto más feo en presencia de nuestro Dios; y que estas cosas se manden hacer, no á pequeña costa de los naturales y vecinos, oficiales y pobres, compeliéndolos á pagar para la fiesta. Los que lo hacen, y los que lo mandan, y aun los que lo consienten, que podrian evitar y no lo evitan, á otro que Fr. Juan Zumárraga busquen que los excuse. Y por estas burlerías, y por nuestros pecados permite Dios tantas herejías cerca de este Santísimo Sacramento. En verdad, corazon lastimado que teme el castigo de Dios, hace decir esto. Y si despues de visto y entendido este tratado, alguno osase favorecer estas cosas así condenadas, yo me escandalizaria del tal, y le ternia

1 MENDIETA, *Historia Eclesiástica Indiana*, lib. V, pte. I, cap. 29. La primera edicion del tratado es de 1544; la segunda, impresa con los mismos caracté-

res, no tiene fecha: ambas son en 4º, letra gótica, y salieron de las prensas de Juan Cromberger.

no sé por quién, y no seria en poco perjuicio de su alma, y de la doctrina que se enseña á estos naturales. Y por solo esto, aunque en otras tierras y gentes se pudiese tolerar esta vana y profana y gentilica costumbre, en ninguna manera se debe sufrir ni consentir entre los naturales de esta nueva Iglesia. Porque como de su natural inclinacion sean dados á semejantes regocijos vanos, y no descuidados en mirar lo que hacen los españoles, antes los imitarian en estas vanidades profanas, que en las costumbres cristianas. Y demás de esto hay otro mayor inconveniente por la costumbre que estos naturales han tenido de su antigüedad, de solemnizar las fiestas de sus ídolos con danzas, sones y regocijos, y pensarían, y lo tomarían por doctrina y ley, que en estas tales burlerías consiste la santificacion de las fiestas; y solo este inconveniente es bastante para que no haya semejantes vanidades en esta nueva Iglesia. Mas que todo se haga á honra y servicio de Jesucristo, á quien sea la gloria para siempre. Amen.»

Severo en verdad se muestra el Sr. Zumárraga en su censura de los regocijos que solian añadirse á las fiestas religiosas. Llevado de su celo, y juzgando por los abusos que presenciaba, no se detenia en condenar absolutamente todo lo que no fuera ceremonia religiosa, prescrita por la Iglesia. Su opinion, sobre todo en lo relativo á la influencia perjudicial de tales espectáculos en la fe de los conversos, es contraria á la que antes hemos manifestado, conformándonos con la de todos los misioneros. Mas no es imposible conciliarlas. La descripcion misma que el Sr. Zumárraga hace de los festejos que reprueba, patentiza que eran indecorosos y censurables. No hallamos tales vicios en las fiestas de los misioneros, sino antes bien regocijo honesto y útil enseñanza. El celoso obispo se refiere claramente á ciertas solemnidades de los españoles, y esas prohibió con justicia, porque danzas deshonestas, máscaras, trueques de trajes y farsas del triunfo del Amor profano, no podian ménos de ser de dañoso ejemplo para los naturales, y no eran de permitirse nunca. Pero de esto á la representacion devota de asuntos sagrados para instruccion de un pueblo que no sabia leer, hay distancia infinita, y el abuso no es regla para condenar tambien el uso provechoso.

La prohibicion del Sr. Zumárraga continuó en vigor hasta su muerte, acaecida el 3 de Junio de 1548. En la sede vacante volvió á permitir el cabildo los bailes y representaciones de la fiesta del Corpus; y á este propósito cuenta un antiguo cronista, que estando todo dispuesto para dar principio á la funcion, y *aparejados los repre-*

sentantes, llovió tanto por la mañana (cosa poco comun en México), que no fué posible sacar la procesion ni hacer fiesta alguna. Tomó aquello el cabildo por un aviso del cielo, y revocó el permiso, dejando en pié, mientras duró la vacante, el mandamiento del venerable señor obispo.

No sabemos cuándo volvió á quedar sin efecto; pero en 1565, el cabildo eclesiástico estaba tan léjos de la opinion contraria á los autos, que el 18 de Mayo acordó dar cada año «una joya de oro ó plata, de valor de hasta treinta escudos, á la mejor representacion ó letra que se hiciese para representarse el dia de Corpus.» Y el ayuntamiento, por su parte, ofrecia tambien joyas con igual destino.⁽¹⁾ La disposicion del Sr. Zumárraga fué al fin reducida á sus justos límites por el Concilio tercero mexicano, celebrado en 1585, el cual, siguiendo el ejemplo de otros concilios y prelados, prohibió en las iglesias «las danzas, bailes, representaciones y cantos profanos, aun en el dia de la Natividad del Señor, en la fiesta del Corpus y otras semejantes.» La prohibicion, como se ve, no era absoluta, porque se referia únicamente, y con mucha razon, á los regocijos profanos que se hacian en las iglesias, dejando en uso los demas. Así lo confirman las palabras que siguen: «Pero si hubiere de representarse alguna historia sagrada, ú otras cosas santas y útiles al alma, ó cantarse algunos devotos himnos, preséntense un mes antes al obispo, para que sea examinado y aprobado por él.»⁽²⁾

En tranquila posesion quedaron las representaciones piadosas, y por todo el siglo siguiente las vemos continuar figurando, así en la festividad del Corpus, como en la octava de la misma, en las entradas de vireyes, y en casi todos los festejos destinados á celebrar sucesos faustos. Ya en 1578, entre otras grandes y aparatosas demostraciones hechas para recibir las reliquias que el Papa Gregorio XIII envió á los padres jesuitas de la provincia de México, representaron los colegiales una *Tragedia* en cinco actos, que existe impresa, intitulada *Triunfo de los Santos, en que se representa la persecucion de Diocleciano, y la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino*. Figuran en esa obra S. Silvestre, papa; Constantino,

1 Véase en este libro el Coloquio XII, pág. 156, col. 1ª

“¿Esta es joya? No es verdad;
Y si es joya es la de antaño,
Que no la dió la ciudad.”

El premio se llamaba *joya*, cualquiera que

fuese su naturaleza: dinero, ropa, alhaja, &c.

2 Libro III, tít. 18, § 19 (Edicion de Barcelona, 1870.) El traductor castellano omitió las palabras in *Ecclesiis* que están en el texto latino, y hacen tanta falta para la recta inteligencia del cánón.